

Una intervención era tanto más necesaria, cuanto el gobierno francés no mostraba la más mínima inclinación a proceder contra los obispos olvidados de su deber. Sólo cuando en mayo de 1562 el cardenal Guisa se declaró dispuesto a ejecutar las citaciones contra los dignatarios eclesiásticos que públicamente apoyaban la herejía, pudo el Papa intervenir. El 25 de mayo dió a los cardenales Guisa y Este los poderes necesarios, mientras enviaba al mismo tiempo a la Inquisición romana seis citaciones. Los cardenales debían seguir el proceso, en el cual el Papa se reservó la sentencia definitiva, o por lo menos hacer ejecutar las citaciones y enviarlas a Roma, donde después se había de continuar tratando este asunto por la Inquisición. Lo que más hubiera querido Pío IV, era poner la causa sólo en manos del cardenal Guisa, pero el cardenal legado Este no dejó que se prescindiese de él. Mas en atención a la oposición de la reina Catalina, éste en modo alguno se dió prisa, aunque ya no podía quedar duda ninguna de que Chatillón se había separado de la Iglesia. Todavía en septiembre y noviembre de 1562 hubo de ser exhortado Este a la ejecución de las citaciones; y juntamente se le indicó que el Papa insistía en ello, diera o no ahora la reina su asentimiento. Sobrevino luego otra dilación, por haberse deslizado en la primera citación de Chatillón una falta de formalidad, que la hacía inválida según el juicio de la Inquisición. Por eso el 8 de diciembre se envió a Este una nueva citación, con orden de ejecutarla inmediatamente así como la citación de los demás obispos, pues de todas partes llegaban quejas por procederse tan lentamente. Así se explica que el nuncio Santa Croce no pudiera enviar a Roma hasta fines de enero de 1563 los documentos sobre la ejecución de las citaciones de Chatillón y del obispo de Troyes (1). Ahora allí la Inquisición romana tomó el asunto en sus manos. Había hecho las más extensas averiguaciones. En el cardenal Chatillón condujeron al resultado de que este príncipe de la Iglesia, olvidado de sus deberes, se había

queray, I, en diversos pasajes. Al cardenal Chatillón había dedicado Rabelais el libro cuarto de su «Pantagruel» con sus invectivas contra el Papa; v. Birch-Hirschfeld, Historia de la literatura francesa, I, 249.

(1) V. Susta, II, 468 s., III, 114, 367, 422, 457, 474, 480 s.; Raynald, 1563, n. 48; Merlet, Le card. de Châtillon, 10. Que Chatillón sería depuesto, se tenía en Roma por seguro en el otoño de 1562; v. la \*relación de Carlos Stuerdo al duque de Parma, fechada en Roma, a 3 de octubre de 1562, *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes., 763.

pasado indudablemente al calvinismo, cuya propagación favorecía en su diócesis de Beauvais y también dondequiera que podía. Chatillón nada intentó en su defensa. Guardándose las vigentes formas judiciales, Pío IV en un consistorio de 21 de marzo le depuso de todas sus dignidades y beneficios con asentimiento de todos los cardenales. La sentencia se había acelerado, porque el Papa temía con fundamento que Miguel de Seurre, enviado a Roma por Catalina, a fin de agenciar la dispensa para Borbón y la libertad de disponer de los bienes eclesiásticos de Francia, intercedería por Chatillón (1).

Pío IV no pensó contentarse con proceder contra Chatillón; antes bien a fines de marzo expresó abiertamente su intento de quitar sus beneficios a todos los clérigos hugonotes. Asimismo a la reina de Navarra se la había de declarar desposeída de su territorio (2), al cual se esforzaba por imponer la nueva doctrina con las más violentas disposiciones, como la prohibición de las procesiones públicas bajo pena de muerte (3).

Sobre la base de una bula especial de 7 de abril de 1563, la Inquisición romana, el 13 del mismo mes, publicó fijándolo en cuatro sitios de la Ciudad Eterna, un documento por el cual so pena de excomunión *latae sententiae* y deposición, citaba ante su tribunal a ocho obispos franceses dentro de seis meses, para que se justificasen de la sospecha de herejía. Los acusados eran Juan de Chaumont de Aix, Antonio Caracciolo de Troyes, Luis de Albret de Lescar, Claudio Regín de Olorón, Juan de Montluc de Valence, Francisco de Noailles de Dax, Carlos Guillart de Chartres y Juan de Saint-Gelais de Uzés (4).

A excepción de Noailles, la acusación estaba en todos enteramente justificada (5). Sólo uno, Caracciolo, pidió gracia al nuncio; los demás se negaron todos a comparecer ante la Inquisición, ale-

(1) V. la relación de Zúñiga, de 3 de abril de 1563, en Döllinger, Documentos, I, 499. Cf. Raynald, 1563, n. 49 y Bull. Rom., VII, 247 s. (bula de 31 de marzo); Degert, 64-65; Merlet, loc. cit., 12; Susta, III, 545, 555.

(2) V. la relación de Zúñiga, citada en la nota 1.

(3) V. sobre esto las pruebas de los archivos en Dubarat, Le protestantisme en Béarn, París, 1896.

(4) V. Laderchi, 1566, n. 424-425; Degert, 62 s. La bula de 7 de abril de 1563 se halla en el Bull. Rom., VII, 249 s.

(5) V. la exacta prueba en Degert, 66-78. Sobre J. de Montluc cf. también el trabajo demasiado encomiástico de Reynaud (París, 1893). V. también Samarán en la Rev. Gascog., 1905.



gando las libertades de la Iglesia galicana (1). El gobierno francés, que precisamente entonces ofendía profundamente al Papa con su proceder arbitrario en la venta de los bienes eclesiásticos y con su actitud ambigua a vista del peligro que corría Aviñón por parte de los hugonotes (2), puso remate a su conducta hostil, declarándose en favor de los acusados. Disputó al Papa el derecho de pronunciar sentencia *en Roma* sobre tales asuntos. Así a pesar del fallo pontificio, Chatillón pudo atreverse a presentarse por agosto en Ruán en traje de cardenal (3).

Entonces fué también cuando Catalina destinó al cardenal Guisa para defender las libertades galicanas, ordenándole que tan pronto como en Trento se menoscabaran los derechos de la corona, abandonase el concilio con todos los obispos franceses (4). Especial desagrado sintió Catalina por el proceder amenazador contra la reina hugonote de Navarra, cuya deposición había de redundar en beneficio del rey de España (5). Así la situación había llegado a un extremo grado de tirantez, cuando el 22 de agosto de 1563, poco después de haber sido Carlos IX declarado mayor de edad en Ruán, el nuncio Santa Croce se dirigió a Roma para tratar de las cuestiones pendientes entre Francia y la curia. Santa Croce llevaba además, en nombre de Catalina, la propuesta de una reunión de los principales soberanos católicos con el Papa a la cabeza. Por este proyecto, que según la forma parecía inocuo, pero según la intención contenía la «amenaza del todo inequívoca» de una acción de los príncipes seculares, se había de impedir a la curia que continuase promoviendo en Trento la reforma de los príncipes, y persistiese en el intento de castigar a la reina de Navarra (6). Catalina consiguió lo contrario de lo que pretendía. La política de Pío IV se mostró del todo superior a ella. El Papa aceptó con mucho agrado la propuesta hecha por la reina, y la hizo servir para sus propios planes anteriores de una alianza de príncipes católicos para la ejecución de los decretos del concilio y para la represión de la herejía; de suerte que parecía ahora como si Fran-

(1) V. Degert, 80 s.

(2) V. Susta, IV, 470 s., 474, 481 s., 484 s., 486.

(3) V. Marcks, Bayona, 41; Susta, IV, 553 s.

(4) Cf. vol. XV, capítulo VI.

(5) V. Marcks, loc. cit., 42.

(6) V. ibid., 42 s., 315 s. Cf. ahora también Susta, IV, 239-240, 253, 266, 554 s.

cia llamase a la liza a los príncipes en favor del concilio y contra los herejes (1).

Después de esta victoria diplomática, el Papa impulsó con firmeza y buen éxito la terminación del concilio. Tampoco perdió de vista el castigo de la reina de Navarra y de los obispos herejes de Francia. Mas Catalina sufrió una nueva derrota diplomática, cuando fué rehusado el embajador que había mandado a Roma en octubre. De extraña manera había escogido para ello a uno de los obispos acusados, Francisco de Noailles, amigo de Chatillón. Noailles no sólo había de solicitar la aprobación de la enajenación de los bienes eclesiásticos, dispuesta ya de su propia autoridad por el gobierno francés, sino también protestar contra la deposición de Juana de Albret y de Chatillón, alegando que tales disposiciones eran contrarias a los privilegios de los reyes de Francia, al concordato y a las libertades de la Iglesia galicana, y que ningún francés podía ser sometido a juicio fuera de Francia (2). Pío IV rehusó decididamente recibir a Noailles, por lo cual éste se detuvo interinamente en Venecia. Entre tanto en Roma, el cardenal Bourdaisière se interponía con todas sus fuerzas para que se siguiesen en Francia los procesos de los acusados. También el cardenal Guisa, que por entonces estaba en Roma, empleó toda su elocuencia para hacer mudar de parecer al Papa (3). Pero Pío IV, persuadido de que se trataba de los supremos intereses de la Iglesia de Francia, permaneció firme. Se negó constantemente a recibir a Noailles, y sólo aguardó la partida del cardenal Guisa para dar un paso decisivo. En un consistorio de 22 de octubre de 1563 (4), el inquisidor general Ghislieri, después de exponer el estado del asunto, estableció que ninguno de los siete obispos había acudido a la citación, que algunos de ellos eran herejes notorios y los demás sumamente sospechosos de herejía. Según esto, el Papa que dos veces tomó la palabra contra una propuesta de aplazamiento de Bourdaisière, pronunció la sentencia condenatoria con

(1) V. Soldán, II, 184 s.; Marcks, loc. cit., 43 s.

(2) V. Lettres de Cath. de Médicis, II, 417 s.

(3) V. Legaz. di Serristori, 391; Degert, 86.

(4) Cf. \*Acta consist. Cam., IX, 88 (*Archivo consistorial del Vaticano*) y \*Acta consist. card. Gambarae (*Bibl. Corsini de Roma*, 40—G—13), así como la \*instrucción del cardenal Bourdaisière para su secretario, enviado a Francia, fechada [en Roma] a 30 de oct. de 1563, la cual ha sido el primero en utilizar Degert (p. 87 s.), *Arch. des Aff. étrang. de Paris*.



aquiescencia de todos los cardenales; por la cual se imponía a los herejes notorios la deposición de todas las dignidades y beneficios. Cuáles de los obispos hubiesen incurrido sólo como contumaces en las penas contenidas en el monitorio, debíalo determinar la Inquisición. Si dejasen transcurrir sin aprovecharlo el plazo de gracia de un año, había de procederse contra ellos definitivamente y considerarse como probados los delitos de que se les hacía cargo.

El mismo día 22 de octubre Pío IV hizo publicar por la Inquisición una citación, en virtud de la cual Juana de Albret debía comparecer dentro de seis meses, ante la Inquisición romana, para justificarse de las acusaciones puestas contra ella, so pena de pérdida de todas sus posesiones (1). El cardenal Guisa intercedió de nuevo con el Papa por Juana de Albret, Chatillón y los siete obispos, y procuró moverle a recibir a Noailles. La respuesta de Pío IV fué en sustancia del todo negativa (2) y da a conocer cuán convencido estaba de que no hacía más que cumplir con su obligación al proceder contra los mencionados en interés del sostenimiento de la religión. El Papa tenía indudablemente derecho a ello (3). Pero otra cuestión es, si el intervenir era oportuno en aquel momento. Guisa no dejó de advertir de nuevo a Pío IV por medio de Morone, que si ahora ejercía entero rigor, favorecía los planes de los hugonotes, los cuales ninguna cosa deseaban más que impedir la aceptación por Francia de los decretos conciliares; que sólo cuando este asunto estuviese satisfactoriamente despachado, podía haber llegado el tiempo a propósito para un resuelto proceder ulterior (4). Esta representación, unida a la actitud amenazadora del gobierno francés (5), determinó al Papa a aplazar la

(1) V. Mém. de Condé, IV, 669 s. Traen la fecha de 22 de octubre Raynald (1563, n. 133), Requeséns (Pío IV y Felipe II, p. 51-52) y Borromeo (Susta, IV, 253). La de 22 de septiembre, indicada en las Mém. de Condé, loc. cit., se explica sin duda por el hecho de que el decreto de la Inquisición ya se había dado por septiembre, pues el \*Monitorium et citatio offitii s. Inquisitionis contra ill. et ser. d. d. Ioh. Albret., reginam Navarrae, que se conserva copiado en el *Archivo de la embajada española de Roma*, lleva la fecha de 28 de septiembre de 1563.

(2) V. Raynald, 1563, n. 181; Degert, 91 s., 95. Cf. también Sickel, Concilio, 637.

(3) V. Degert, 95. Cf. el juicio de Polenz, II, 301, 320.

(4) V. Susta, IV, 410 s. Cf. ibid., 356 la representación de los legados del concilio.

(5) Cf. Marcks, Bayona, 44, 55. El gobierno francés hizo también intervenir con el Papa en favor de Juana de Albret por medio de Maximiliano II; v. Steinherz, IV, 101 s.

publicación oficial de la sentencia contra los siete obispos. Pudo hacerlo así, porque todavía se había concedido a los sentenciados el plazo de un año para su conversión. Pero aun después que hubieron dejado pasar este plazo sin aprovecharlo, la sentencia no se publicó, pero tampoco se revocó (1). Igualmente contra la reina de Navarra, amparada por Catalina (2), no se hizo nada más. Estos miramientos nacieron del conato del Papa, ya tantas veces manifestado, de evitar un formal rompimiento con Francia: conato del que procedieron también las concesiones que hizo respecto del concordato (3). Confirmóse en esto por la conducta de Catalina, que también por su parte se guardó de hacer que llegasen las cosas al último extremo. Noailles fué mandado volver el 17 de diciembre de 1563 y en su lugar enviado a Roma un nuevo embajador en la persona de Enrique Clutin d'Oissel. Este llegó a la Ciudad Eterna a principios de febrero de 1564. Llevaba una memoria que exponía el punto de vista galicano del gobierno respecto de los franceses citados a Roma (4). Pero entonces otro asunto ocupó en primer término el interés: la aceptación de los decretos del concilio de Trento. El cardenal Guisa y el nuncio Santa Croce se esforzaron según sus fuerzas por conseguirla, pero tropezaron en las mayores dificultades (5). L'Hôpital no quería esta aceptación por ningún precio, y según su consejo obraba la reina.

A la primera instancia que le hizo Santa Croce, había respondido Catalina que respecto de la aceptación de los decretos del concilio primero había de aconsejarse con Guisa. Luego que lo hubo hecho, opuso que quería esperar la confirmación del Papa. Cuando ésta hubo llegado, halló una nueva evasiva en la tardanza que mostraba Felipe II. También este pretexto desapareció, pero Catalina indicó ahora que un país sano, como España, podía soportar remedios mucho más enérgicos que uno enfermo como Francia, a lo que replicó Santa Croce, que

(1) V. Laderchi, 1566, n. 425; Degert, 97 s.

(2) V. Lettres de Cath. de Médicis, II, 119 s., 153.

(3) Cf. Guettée, VIII, 390; Baudrillart, Concordat, 97, y Richard en la Rev. cath. des Églises, I (1904), 525 sobre el breve de 12 de mayo de 1564.

(4) V. Degert, 96 s. Cf. Marcks, Bayona, 44, 55; Despachos Venecianos, III, 254. La memoria para Oissel puede verse en Pithou, Libertés de l'Église gallic., París, 1661, 66 s.

(5) Cf. (Mignot), Hist. de la réception du concile de Trente, I, Amsterdam, 1756, 198 s.



un enfermo necesitaba más urgentemente la medicina que un sano (1).

En verdad, Catalina, aconsejada por L'Hôpital, nunca pensó seriamente en la aceptación de los decretos del concilio. El 25 de febrero de 1564 entregó los decretos tridentinos a una comisión de consejeros de Estado y miembros del Parlamento. Su juicio fué que muchas cosas allí contenidas violaban los derechos del rey y de la Iglesia galicana. Fuera de una serie de especiales dificultades, entre las que se contaba la prohibición de las encomiendas de beneficios de regulares, fué decisivo, para rehusarlos, el temor de los hugonotes a quienes Catalina por ningún precio quería irritar (2). Este temor suyo era tan grande, que aun al nuncio no quiso permitir ni siquiera la pública distribución entre los prelados, de los decretos conciliares impresos. Con esta ocasión, la reina se quejó también del proceder del Papa en la contienda sobre la precedencia entre el embajador francés y el español en Roma, con el cual proceder quedaba molestanda toda Francia (3).

Esta contienda, que en el concilio de Trento sólo con dificultad se había concertado (4), volvióse a encender cuando el nuevo embajador francés Oissel llegó a Roma a principios de febrero (5). Oissel declaró que tenía orden de volver a partir al punto y negar la obediencia de Francia, en caso de que el Papa pusiese la más mínima duda en el derecho de Francia, de pertenecer a su embajador el primer lugar después del representante del emperador y en todas partes la precedencia sobre el embajador español. En vista de esto, declaró también el embajador español Requeséns, que había de abandonar a Roma inmediatamente, si el Papa daba una decisión desfavorable para España. Una carta de Felipe II, llegada

(1) V. las relaciones de Santa Croce, desde enero hasta abril de 1564, utilizadas por Pallavicini, 24, 11.

(2) V. *Mém. de Condé*, V, 81 s.; *Le Plat*, VI, 320 s.; Mignot, loc. cit., 212 ss.; Soldán, II, 195 s.; Marcks, Bayona, 66 s. Cf. también *Bullet. de la Soc. p. l'hist. du Protest. français*, XXIV, 409 s.

(3) V. la relación de Santa Croce, de 24 de abril de 1564, en Pallavicini, 24, 11, 5.

(4) Cf. vol. XV, 314 s.

(5) Para lo que sigue cf. las \*relaciones de Requeséns, las que ha sido el primero en utilizar Steinherz (IV, 86), tomándolas del *Archivo público de Simancas*, de las cuales sólo la de 16 de febrero de 1564 está impresa en Pío IV y Felipe II, p. 234 s.

el 22 de marzo, no dejaba lugar a duda de que éste estaba resuelto a romper las relaciones diplomáticas para el caso mencionado (1). Pío IV hubo de procurar evitar ahora todo lo que podía acarrear un rompimiento con una u otra de estas grandes potencias católicas. Por eso con el pretexto de sus continuos achaques se abstuvo en seguida de asistir a las públicas solemnidades del culto. Cuando se acercaba la Semana Santa, la contienda no se había compuesto todavía. Mas el efugio anterior tanto menos se podía mantener, cuanto el estado de salud del Papa era entonces enteramente bueno (2). En el lavatorio y la publicación de la bula *In cena Domini* el jueves santo, nunca se había usado designar sitio a los embajadores. A pesar de esto, el embajador francés persistió en querer tomar parte en la solemnidad, aun cuando el Papa le amenazó con la excomunión. El embajador imperial tampoco tuvo por compatible con la dignidad de su soberano faltar a esta función religiosa. El jueves santo, 30 de marzo, acudió por tanto al Vaticano, al igual que el embajador francés y el español. Todos tres estaban resueltos a sostener sus pretensiones hasta el extremo. Para evitar un escándalo público, el Papa se dirigió por una escalera secreta a la galería de la bendición. Los embajadores, reunidos en la Sala de Constantino, supieron sólo por las salvas del castillo de Santángelo, que la solemnidad se había ya efectuado. Oissel quiso entonces juntarse con la comitiva del Papa que volvía y sólo por fuerza se le pudo impedir esto. En vista de lo cual pidió sus pasaportes. Los esfuerzos aunados del Papa y de los cardenales Este y Morone, lograron que desde luego desistiese todavía de la partida, de la que habíase de temer el completo rompimiento con Francia. Prometiéndosele que por Pentecostés se decidiría la con-

(1) V. Steinherz, IV, 86. El cód. F. 23 del *Archivo Boncompagni de Roma* contiene \**Ragioni a favore di Spagna per conto della precedenza colla corte di Francia esposte da Augusto de Crauctiz l'anno 1564*.

(2) Fr. Tonina notifica al duque de Mantua en 29 de marzo de 1564: \**Così dico solo che con tutto che in questi giorni santi non siano mai soliti li papi tralasciare di andare in capella et far le solite ceremonie, non di meno S. Bne mai v'è stata ne vi viene, ne si crede è per venire, per questa contesa della precedenza tra Franza et Spagna, et ancora che detto N. S. sia stato indisposto sin qui della podagra, il che ha potuto dar colore, che per questo non vi venesse, non di meno questa ragione hor cessa, perchè sta bene, et è andato hoggi et hieri in Belvedere senza farsi portare, et è notorio che resta per questa differenza. Non si crede anco per questa ragione che dimani sia per fare la cerimonia del lavar dei piedi. Archivo Gonzaga de Mantua.*



tienda (1). Pío IV creía que Felipe II llegaría a ceder en esto (2). El rey había dado esperanzas de ello; pero luego declaró que el negocio estaba tan adelantado, que no le era posible retirar ya las instrucciones que había dado a su embajador (3). El día de la Ascensión el Papa no asistió a la misa solemne (4). Que faltara también el día de Pentecostés, no parecía lícito, no sólo porque una ausencia ulterior apenas era ya conciliable con la dignidad del supremo jerarca de la Iglesia (5), sino también porque se acercaba el plazo final puesto al embajador francés. Todos los intentos de acomodamiento quedaban frustrados, y se había de tomar una resolución. El Papa decidió que, sin perjuicio de los derechos de ambas partes litigantes, había de continuar subsistiendo la antigua precedencia del embajador francés sobre el español. Por efecto de esto Requeséns el 21 de mayo no asistió a la solemnidad de la misa de Pentecostés, sino presentó una protesta y rompió todo trato con la curia (6). En vista de su relación, dispuso Felipe II a mediados de julio su alejamiento de Roma. Este lo aceptó Pío IV con finura diplomática, como si con él se diera satisfacción a sus quejas por la prisión de un licenciado, que había ordenado Requeséns por su propia autoridad. Tampoco Felipe II quiso extremar las cosas. Había relevado a Requeséns sólo respecto de Pío IV, no de la Santa Sede. De los negocios eclesiásti-

(1) Además de las cartas de Borromeo y Arco, publicadas por Steinherz, IV, 84 s., 87 s. y Pío IV y Felipe II, p. 272, 276, v. también la \*\*relación de Fr. Tonina, de 1.º de abril de 1564, loc. cit., las \*\*relaciones de Serristori, de 1.º, 4 y 5 de abril de 1564, *Archivo público de Florencia*, y \*las de Caligari a Comendone, fechadas en Roma a 1.º y 8 de abril de 1564, Lett. di princ., XXIII, 47 s., *Archivo secreto pontificio*. Si Oissel se parte, escribe Tonina el 5 de abril de 1564, \*si dubita che ne siano per seguire non solo la fatale alienatione di quel regno de la Sede Apost., ma altri inconvenienti come saria far un patriarcha in esso regno et forse qualche guerra (loc. cit.). En 12 de abril \*refiere Tonina, que tanto el embajador francés como el español amenazaban con su partida. Cf. las relaciones de Requeséns en Pío IV y Felipe II, p. 275 ss.

(2) El 5 de abril tuvo una violenta discusión con el embajador español. Cf. la \*relación de Serristori, de 7 de abril de 1564, *Archivo público de Florencia*.

(3) V. Pallavicini, 24, 11.

(4) V. la \*relación de Fr. Tonina, fechada en Roma a 13 de mayo de 1564, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Cf. \*Acta consist. card. Gambarae al 12 de mayo de 1564, *Bibl. Corsini de Roma*, 40—G—13.

(6) V. Steinherz, IV, 134. Cf. Pío IV y Felipe II, p. 390 s.; Corresp. dipl., I, xxxv s. Según la \*relación de Fr. Tonina, de 31 de mayo de 1564 (loc. cit.), en la misa de Pascua de Pentecostés faltó también el embajador de Florencia.

cos corrientes quedó encargado el cardenal Pacheco (1). Ulteriores pasos, como tal vez negar la obediencia, túvulos el rey por imprudentes; y hasta aceptó los decretos del concilio, ciertamente sólo en cuanto no violasen sus derechos (2).

De otra suerte obró el gobierno francés. Pío IV había esperado que con su proceder lo movería a aceptar los decretos conciliares (3). A este fin envió por octubre a Francia a Ludovico Antinori como embajador extraordinario. Antinori llevó al mismo tiempo la licencia para enajenar los bienes eclesiásticos, y dió esperanzas de que se confiaría la legación de Aviñón al cardenal Borbón. A pesar de esto el gobierno francés continuó dando respuestas evasivas, respecto de la aceptación de los decretos del concilio (4). Catalina de Médicis, que quería tener paz y quietud a toda costa (5), persistió en que los decretos de reforma del concilio iban contra las libertades galicanas. De diferente manera pensaban los obispos fielmente católicos de Francia; en sínodos provinciales procuraban, según sus fuerzas, poner en vigor los decretos del concilio. En este respecto dió un luminoso ejemplo el cardenal Guisa en el sínodo celebrado en Reims en 1564 (6).

Durante todos estos acaecimientos Santa Croce había desempeñado la nunciatura francesa. Sus relaciones serán siempre una fuente importante para aquel período de la historia de Francia, en que la conducta de Catalina de Médicis así con los católicos como con los hugonotes tuvo cambiantes de todos los colores. Forma su complemento la obra de Santa Croce sobre la primera guerra civil,

(1) V. Hilliger, Catalina, 66 s.; Constant, Rapport, 390.

(2) V. Pío IV y Felipe II, págs. 403 s., 419 s., 444 s. (cf. el prólogo, p. III); Pallavicini, 24, 12. A pesar de la reinante tirantez, hízose la entrega de la hacanea en la fiesta de S. Pedro, pero no por Requeséns, sino por su secretario; v. la \*relación de Tonina de 1.º de julio de 1564, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Baudrillart, Concordat, 97; Guettée, VIII, 390.

(4) V. Pallavicini, 24, 11. El \*breve de recomendación en favor de Antinori, dirigido a Carlos IX, con fecha de 20 de octubre de 1564, se halla en las Min. brev., 20, n. 20, *Archivo secreto pontificio*. Por la cesión de la legación de Aviñón al cardenal Borbón, efectuada el 13 de abril de 1565, Francia quedaba obligada a defender este territorio contra los hugonotes; v. Steinherz, IV, 383.

(5) V. Lettres de Cath. de Médicis, II, 126.

(6) V. Hardouin, Conc. coll., X, 529; Picot, I, 6 s. Cf. Humbert en la Rev. d'hist. et de litt. relig., XII (1907), 293. En 28 de abril de 1564, Pío IV había nombrado al cardenal Guisa inquisidor general de los obispados de Metz, Toul y Verdún, y del ducado de Lorena; v. Fontana, III, 393 s.